

RETIROS PARA TIEMPOS FUERTES

TEXTO BASE: Folleto para nuevo itinerario de OALA (guías)

Conversión comunitaria - GUÍA 7 (pp. 176 – 189)

PASCUA 2016

¡JESUCRISTO VIVE!, Y CON SU RESURRECCIÓN NOS DA LA ESPERANZA DE UNA VIDA NUEVA - “De Cristo aprendieron que es preciso renunciar a la vida que llevaban, despojándose del hombre viejo, que se va corrompiendo dejándose arrastrar por los deseos engañosos, para renovarse en lo más íntimo de su espíritu y revestirse del hombre nuevo, creado a imagen de Dios en la justicia y en la verdadera santidad”. (Ef. 4, 17- 32)

LA COMUNIÓN DE VIDA (Cf. Const. II, 27, 28, 29)

27. Considerando diligentemente el propósito de san Agustín y la tradición de la Orden, “vemos que basó toda su religión sobre la comunidad o, mejor dicho, sobre la comunión”, es decir, la comunión “de la cohabitación local..., de la unión espiritual..., de la posesión temporal..., de la distribución proporcional”, a lo que en definitiva, “se reducen todas las normas de la Orden, tanto de la Regla como de las Constituciones”.

28. Con todo, sobresale la comunión espiritual, sin la cual poco vale la unión de cohabitación local.

29. La comunidad es fruto de la caridad y se expresa en la amistad, que engendra y nutre la fidelidad, la confianza, la sinceridad y la mutua comprensión.

LA CONSAGRACIÓN A DIOS – penitencia y conversión (Cf. Const. IV, 58)

58. Siguiendo la tradición de la Iglesia y de la Orden, las comunidades y cada uno de los hermanos esfuércense en manifestar un espíritu de penitencia y de conversión, en especial durante los tiempos fuertes del año litúrgico.

LA CARIDAD ANTEPONE LAS COSAS DE LA COMUNIDAD A LAS PROPIAS (Cf. Regla V, 31)

Ninguno trabaje en nada para sí mismo, sino que todos sus trabajos se realicen para el bien de la Comunidad, con mayor cuidado y prontitud de ánimo que si cada uno lo hiciese para sí. Porque la caridad, de la que está escrito que no “busca los propios intereses” (1Cor 13, 5), se entiende así: que antepone las cosas de la comunidad a las propias y no las propias a las comunes. Por consiguiente, conocerán que han adelantado en la perfección tanto más cuanto mejor cuiden lo que es común que lo que es propio; de tal modo que, en todas las cosas que utiliza la necesidad transitoria, sobresalga la caridad, que permanece.

ANTE TODO HAN DE CULTIVAR LA VIDA ESPIRITUAL (Cf. CONCILIO VAT. II – *Decreto Perfectae Caritatis, sobre la renovación de la Vida Religiosa, 6*)

Para nadie es un secreto, dentro de la Vida Consagrada, el contundente soporte, único y necesario de la vida espiritual para la conversión comunitaria.

6. Los que profesan los consejos evangélicos, ante todo busquen y amen a Dios, que nos amó a nosotros primero, y procuren con afán fomentar en todas las ocasiones la vida escondida con Cristo en Dios, de donde brota y cobra vigor el amor del prójimo en orden a la salvación del mundo y a la edificación de la Iglesia. Aun la misma práctica de los consejos evangélicos está animada y regulada por esta caridad.

Por esta razón los miembros de los Institutos, bebiendo en los manantiales auténticos de la espiritualidad cristiana, han de cultivar con interés constante el espíritu de oración y la oración misma. En primer lugar, manejen cotidianamente la Sagrada Escritura para adquirir en la lectura y meditación de los sagrados Libros "el sublime conocimiento de Cristo Jesús".

Fieles a la mente de la Iglesia, celebren la sagrada Liturgia y, principalmente, el sacrosanto Misterio de la Eucaristía no sólo con los labios, sino también con el corazón, y sacien su vida espiritual en esta fuente inagotable. Alimentados así en la mesa de la Ley divina y del sagrado Altar, amen fraternalmente a los miembros de Cristo, reverencien y amen con espíritu filial a sus pastores y vivan y sientan más y más con la Iglesia y conságrense totalmente a su misión.

San JUAN PABLO II, EXHORTACIÓN APOSTÓLICA POSTSINODAL ECCLESIA IN AMERICA. *México, 22 - 01 - 1999*
En el contexto de la nueva evangelización

6. En la perspectiva del Gran Jubileo del año 2000, El Papa, hoy, san Juan Pablo II, quiso tener una Asamblea Especial o Sínodo de los Obispos para cada uno de los cinco Continentes: América lo celebró en 1997.

CAPITULO I

Lugares de encuentro con Cristo

12. Contando con el auxilio de María, la Iglesia en América desea conducir a los hombres y mujeres de este Continente al **encuentro con Cristo, punto de partida para una auténtica conversión y para una renovada comunión y solidaridad.**

Para que la búsqueda de Cristo presente en su Iglesia no se reduzca a algo meramente abstracto, es necesario mostrar los lugares y momentos concretos en los que, dentro de la Iglesia, es posible encontrarlo.

Los padres sinodales han señalado, en *primer lugar*, « **la Sagrada Escritura leída a la luz de la Tradición, de los Padres y del Magisterio, profundizada en la meditación y la oración** ». Se ha recomendado fomentar el conocimiento de los Evangelios, en los que se proclama, con palabras fácilmente accesibles a todos, el modo como Jesús vivió entre los hombres. La lectura de estos textos sagrados, cuando se escucha con la misma atención con que las multitudes escuchaban a Jesús, produce verdaderos frutos de conversión del corazón.

Un *segundo lugar* para el encuentro con Jesús es **la sagrada Liturgia**. Al Concilio Vaticano II debemos una riquísima exposición de las múltiples presencias de Cristo en la Liturgia, cuya importancia debe llevar a hacer de ello objeto de una constante predicación: **Cristo está presente en el celebrante** que renueva en el altar el mismo y único sacrificio de la Cruz; **está presente en los Sacramentos** en los que actúa su fuerza eficaz. **Cuando se proclama su palabra**, es Él mismo quien nos habla. **Está presente además en la comunidad**, en virtud de su promesa: « Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos » (*Mt 18, 20*). **Está presente « sobre todo bajo las especies eucarísticas »**. Mi predecesor Pablo VI creyó necesario explicar la singularidad de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, que « se llama “real” no por exclusión, como si las otras presencias no fueran “reales”, sino por antonomasia, porque es substancial ». Bajo las especies de pan y vino, « Cristo todo entero está presente en su “realidad física” aun corporalmente »

La Escritura y la Eucaristía, como lugares de encuentro con Cristo, están sugeridas en el relato de la aparición del Resucitado a los dos discípulos de Emaús. Además, el texto del Evangelio sobre el juicio final (cf. *Mt 25, 31-46*), en el que se afirma que seremos juzgados sobre el amor a los necesitados, en quienes misteriosamente está presente el Señor Jesús, indica que no se debe descuidar un *tercer lugar* de encuentro con Cristo: « **Las personas,**

especialmente los pobres, con los que Cristo se identifica ». Como recordaba el Papa Pablo VI, al clausurar el Concilio Vaticano II, « **en el rostro de cada hombre, especialmente si se ha hecho transparente por sus lágrimas y por sus dolores, podemos y debemos reconocer el rostro de Cristo** (cf. *Mt 25, 40*), el Hijo del hombre ».

CAPÍTULO III (de los VI capítulos que consta el texto)

CAMINO DE CONVERSIÓN

« **Arrepiéntanse, pues, y conviértanse** » (*Hch 3, 19*)

URGENCIA DEL LLAMADO A LA CONVERSIÓN

26. « El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; conviértanse y crean en la Buena Nueva » (*Mc 1, 15*). Estas palabras de Jesús, con las que comenzó su ministerio en Galilea, deben seguir resonando en los oídos de los Obispos, presbíteros, diáconos, personas consagradas y fieles laicos de toda América.

La grandeza del acontecimiento de la Encarnación y la gratitud por el don del primer anuncio del Evangelio en América invitan a responder con prontitud a Cristo con una conversión personal más decidida y, al mismo tiempo, estimulan a una fidelidad evangélica cada vez más generosa. La exhortación de Cristo a convertirse resuena también en la del Apóstol: « Es ya hora de levantaros del sueño, que la salvación está más cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe » (*Rm 13, 11*). *El encuentro con Jesús vivo, mueve a la conversión.*

Para hablar de conversión, el Nuevo Testamento utiliza la palabra *metanoía*, que quiere decir **cambio de mentalidad**. No se trata sólo de un modo distinto de pensar a nivel intelectual, sino de la revisión del propio modo de actuar a la luz de los criterios evangélicos. A este respecto, san Pablo habla de « la fe que actúa por la caridad » (*Ga 5, 6*). Por ello, *la auténtica conversión debe prepararse y cultivarse con la lectura orante de la Sagrada Escritura y la recepción de los sacramentos de la Reconciliación y la Eucaristía. La conversión conduce a la comunión fraterna*, porque ayuda a comprender que Cristo es la cabeza de la Iglesia, su Cuerpo místico; **mueve a la solidaridad**, porque nos hace conscientes de que lo que hacemos a los demás, especialmente a los más necesitados, se lo hacemos a Cristo. La conversión favorece, por tanto, una vida nueva, en la que no haya separación entre la fe y las obras en la respuesta cotidiana a la universal llamada a la santidad. **Superar la división entre fe y vida es indispensable para que se pueda hablar seriamente de conversión.** En efecto, cuando existe esta división, el cristianismo es sólo nominal. Para ser verdadero discípulo del Señor, el creyente ha de ser testigo de la propia fe, pues « el testigo no da sólo testimonio con las palabras, sino con su vida ». Hemos de tener presentes las palabras de Jesús: « No todo el que me diga: “Señor, Señor”, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial » (*Mt 7, 21*). La apertura a la voluntad del Padre supone una disponibilidad total, que no excluye ni siquiera la entrega de la propia vida: « El máximo testimonio es el martirio ».

DIMENSIÓN SOCIAL DE LA CONVERSIÓN

27. La conversión no es completa si falta la conciencia de las exigencias de la vida cristiana y no se pone esfuerzo en llevarlas a cabo. A este respecto, los Padres sinodales han señalado que, por desgracia, « existen grandes carencias de orden personal y comunitario con respecto a una conversión más profunda y con respecto a las relaciones entre los

ambientes, las instituciones y los grupos en la Iglesia ». « Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve » (1 Jn 4, 20).

La caridad fraterna implica una preocupación por todas las necesidades del prójimo. « Si alguno que posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? » (1 Jn 3, 17). Por ello, convertirse al Evangelio para el Pueblo cristiano que vive en América, significa revisar « todos los ambientes y dimensiones de su vida, especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común ». De modo particular convendrá « atender a la creciente conciencia social de la dignidad de cada persona y, por ello, hay que fomentar en la comunidad la solicitud por la obligación de participar en la acción política según el Evangelio ».

CONVERSIÓN PERMANENTE

28. La conversión en esta tierra nunca es una meta plenamente alcanzada: en el camino que el discípulo está llamado a recorrer siguiendo a Jesús, la conversión es un empeño que abarca toda la vida. Por otro lado, mientras estamos en este mundo, nuestro propósito de conversión se ve constantemente amenazado por las tentaciones. Desde el momento en que « nadie puede servir a dos señores » (Mt 6, 24), el cambio de mentalidad (*metanoia*) consiste en el esfuerzo de asimilar los valores evangélicos que contrasta con las tendencias dominantes en el mundo. Es necesario, pues, renovar constantemente « el encuentro con Jesucristo vivo », camino que, como han señalado los Padres sinodales, « nos conduce a la conversión permanente ».

Para ser Pastores según el corazón de Dios (cf. Jr 3, 15), es indispensable asumir un modo de vivir que nos asemeje a Aquél que dijo de sí mismo: « Yo soy el buen pastor » (Jn 10, 11), y que san Pablo evoca al escribir: « Sean mis imitadores, como lo soy de Cristo » (1 Co 11, 1).

GUIADOS POR EL ESPÍRITU SANTO HACIA NUEVO ESTILO DE VIDA

29. La propuesta de un nuevo estilo de vida no es sólo para los Pastores, sino más bien para todos los cristianos que viven en América. A todos se les pide que profundicen y asuman la auténtica espiritualidad cristiana. « En efecto, espiritualidad es un estilo o forma de vivir según las exigencias cristianas, la cual es “la vida en Cristo” y “en el Espíritu”, que se acepta por la fe, se expresa por el amor y, en esperanza, es conducida a la vida dentro de la comunidad eclesial ». En este sentido, por espiritualidad, que es la meta a la que conduce la conversión, se entiende no « una parte de la vida, sino la vida toda guiada por el Espíritu Santo ».

La oración tanto personal como litúrgica es un deber de todo cristiano. « Jesucristo, evangelio del Padre, nos advierte que sin Él no podemos hacer nada (cf. Jn 15, 5). Él mismo en los momentos decisivos de su vida, antes de actuar, se retiraba a un lugar solitario para entregarse a la oración y la contemplación, y pidió a los Apóstoles que hicieran lo mismo ». A sus discípulos, sin excepción, el Señor recuerda: « Entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto » (Mt 6, 6). Esta vida intensa de oración debe adaptarse a la capacidad y condición de cada cristiano, de modo que en las diversas situaciones de su vida pueda volver siempre « a la fuente de su encuentro con Jesucristo para beber el único Espíritu (1 Co 12, 13) ». En este sentido, la dimensión

contemplativa no es un privilegio de unos cuantos en la Iglesia; al contrario, en las parroquias, en las comunidades y en los movimientos se ha de promover una espiritualidad abierta y orientada a la contemplación de las verdades fundamentales de la fe: los misterios de la Trinidad, de la Encarnación del Verbo, de la Redención de los hombres, y las otras grandes obras salvíficas de Dios.

Por otra parte, la espiritualidad no se contrapone a la dimensión social del compromiso cristiano. Al contrario, el creyente, a través de un camino de oración, se hace más consciente de las exigencias del Evangelio y de sus obligaciones con los hermanos, alcanzando la fuerza de la gracia indispensable para perseverar en el bien. Para madurar espiritualmente, el cristiano debe recurrir al consejo de los ministros sagrados o de otras personas expertas en este campo mediante la dirección espiritual, práctica tradicionalmente presente en la Iglesia. Los Padres sinodales han creído necesario recomendar a los sacerdotes este ministerio de tanta importancia.

VOCACIÓN UNIVERSAL A LA SANTIDAD

30. « Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo » (*Lv 19, 2*). La Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para América ha querido recordar con vigor a todos los cristianos la importancia de la doctrina de la vocación universal a la santidad en la Iglesia. Se trata de uno de los puntos centrales de la Constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II. La santidad es la meta del camino de conversión, pues ésta « no es fin en sí misma, sino proceso hacia Dios, que es santo. Ser santos es imitar a Dios y glorificar su nombre en las obras que realizamos en nuestra vida (cf. *Mt 5, 16*) ». En el camino de la santidad Jesucristo es el punto de referencia y el modelo a imitar: Él es « el Santo de Dios y fue reconocido como tal (cf. *Mc 1, 24*). Él mismo nos enseña que el corazón de la santidad es el amor, que conduce incluso a dar la vida por los otros (cf. *Jn 15, 13*). Por ello, imitar la santidad de Dios, tal y como se ha manifestado en Jesucristo, su Hijo, no es otra cosa que prolongar su amor en la historia, especialmente con respecto a los pobres, enfermos e indigentes (cf. *Lc 10, 25ss*) ».

JESÚS, EL ÚNICO CAMINO PARA LA SANTIDAD

31. « Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida » (*Jn 14, 6*). Con estas palabras Jesús se presenta como el único camino que conduce a la santidad. Pero el conocimiento concreto de este itinerario se obtiene principalmente mediante la Palabra de Dios que la Iglesia anuncia con su predicación. Por ello, la Iglesia en América « debe conceder una gran prioridad a la reflexión orante sobre la Sagrada Escritura, realizada por todos los fieles ». Esta lectura de la Biblia, acompañada de la oración, se conoce en la tradición de la Iglesia con el nombre de *Lectio divina*, práctica que se ha de fomentar entre todos los cristianos. Para los presbíteros, debe constituir un elemento fundamental en la preparación de sus homilias, especialmente las dominicales.

PENITENCIA Y RECONCILIACIÓN

32. La conversión (*metanoia*), a la que cada ser humano está llamado, lleva a aceptar y hacer propia la nueva mentalidad propuesta por el Evangelio. Esto supone el abandono de la forma de pensar y actuar del mundo, que tantas veces condiciona fuertemente la existencia. Como recuerda la Sagrada Escritura, es necesario que muera el hombre viejo y

nazca el hombre nuevo, es decir, que todo el ser humano se renueve « hasta alcanzar un conocimiento perfecto según la imagen de su creador » (Co/3, 10). En ese camino de conversión y búsqueda de la santidad « deben fomentarse los medios ascéticos que existieron siempre en la práctica de la Iglesia, y que alcanzan la cima en el sacramento del perdón, recibido y celebrado con las debidas disposiciones ». Sólo quien se reconcilia con Dios es protagonista de una auténtica reconciliación con y entre los hermanos.

La crisis actual del sacramento de la Penitencia, de la cual no está exenta la Iglesia en América, y sobre la que he expresado mi preocupación desde los comienzos mismos de mi pontificado, podrá superarse por la acción pastoral continuada y paciente.

NO A LA GUERRA ENTRE NOSOTROS - Cf. Papa Francisco, *Exhort. ap. Evangelii Gaudium* (24 nov. 2013), 98- 101

98. En las distintas comunidades, ¡cuántas guerras por envidias y celos! La mundanidad espiritual lleva a algunos cristianos a estar en guerra con otros cristianos que se interponen en su búsqueda de poder, prestigio, placer o seguridad económica. Además, algunos dejan de vivir una pertenencia cordial a la Iglesia por alimentar un espíritu de «internas». Más que pertenecer a la Iglesia toda, con su rica diversidad, pertenecen a tal o cual grupo que se siente diferente o especial.

99. El mundo está lacerado por las guerras y la violencia, o herido por un difuso individualismo que divide a los seres humanos y los enfrenta unos contra otros en pos del propio bienestar. En diversos países resurgen enfrentamientos y viejas divisiones que se creían en parte superadas. A los cristianos de todas las comunidades del mundo, quiero pedirles especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente. Que todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, cómo os dais aliento mutuamente y cómo os acompañáis: «En esto reconocerán que son mis discípulos, en el amor que se tengan unos a otros» (Jn 13,35). Es lo que con tantos deseos pedía Jesús al Padre: «Que sean uno en nosotros [...] para que el mundo crea» (Jn17, 21). ¡Atención a la tentación de la envidia! ¡Estamos en la misma barca y vamos hacia el mismo puerto! Pidamos la gracia de alegrarnos con los frutos ajenos, que son de todos.

101. Pidamos al Señor que nos haga entender la ley del amor. ¡Qué bueno es tener esta ley! ¡Cuánto bien nos hace amarnos los unos a los otros en contra de todo! Sí, ¡en contra de todo! A cada uno de nosotros se dirige la exhortación paulina: «No te dejes vencer por el mal, antes bien vence al mal con el bien» (Rm 12,21). Y también: « ¡No nos cansemos de hacer el bien!» (Ga 6,9). Todos tenemos simpatías y antipatías, y quizás ahora mismo estamos enojados con alguno. Al menos digamos al Señor: «Señor, yo estoy enojado con éste, con aquélla. Yo te pido por él y por ella». Rezar por aquel con el que estamos irritados es un hermoso paso en el amor, y es un acto evangelizador. ¡Hagámoslo hoy! ¡No nos dejemos robar el ideal del amor fraterno!

Papa FRANCISCO, *Bula MISERICORDIAE VULTUS*, 11 de abril - 2015

13. Queremos vivir este Año Jubilar a la luz de la palabra del Señor: *Misericordiosos como el Padre*. El evangelista refiere la enseñanza de Jesús: « Sean misericordiosos, como su Padre es misericordioso » (Lc 6,36). Es un programa de vida tan comprometedor como rico de alegría y de paz. El imperativo de Jesús se dirige a cuantos escuchan su voz (cfr Lc 6,27). Para ser capaces de misericordia, entonces, debemos en primer lugar colocarnos a la escucha de la Palabra de Dios. Esto significa recuperar el valor del silencio para meditar la Palabra

que se nos dirige. De este modo es posible contemplar la misericordia de Dios y asumirla como propio estilo de vida.

14. La *peregrinación* es un signo peculiar en el Año Santo. La vida es una peregrinación y el ser humano es *viator*, un peregrino que recorre su camino hasta alcanzar la meta anhelada. También para llegar a la Puerta Santa en Roma y en cualquier otro lugar, cada uno deberá realizar, de acuerdo con las propias fuerzas, una peregrinación. Esto será un signo del hecho que también la misericordia es una meta por alcanzar y que requiere compromiso y sacrificio. La peregrinación, entonces, sea estímulo para la conversión: atravesando la Puerta Santa nos dejaremos abrazar por la misericordia de Dios y nos comprometeremos a ser misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros.

El Señor Jesús indica las etapas de la peregrinación mediante la cual es posible alcanzar esta meta: « No juzguen y no serán juzgados; no condenen y no serán condenados; perdonen y serán perdonados. Den y se les dará: una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de sus vestidos. Porque serán medidos con la medida que midan » (Lc 6,37-38). Dice, ante todo, no *juzgar* y no *condenar*. Si no se quiere incurrir en el juicio de Dios, nadie puede convertirse en el juez del propio hermano. Los hombres ciertamente con sus juicios se detienen en la superficie, mientras el Padre mira el interior. ¡Cuánto mal hacen las palabras cuando están motivadas por sentimientos de celos y envidia! Hablar mal del propio hermano en su ausencia equivale a exponerlo al descrédito, a comprometer su reputación y a dejarlo a merced del chisme. No juzgar y no condenar significa, en positivo, saber percibir lo que de bueno hay en cada persona y no permitir que deba sufrir por nuestro juicio parcial y por nuestra presunción de saberlo todo. Sin embargo, esto no es todavía suficiente para manifestar la misericordia. Jesús pide también *perdonar* y *dar*. Ser instrumentos del perdón, porque hemos sido los primeros en haberlo recibido de Dios. Ser generosos con todos sabiendo que también Dios dispensa sobre nosotros su benevolencia con magnanimidad.

Así entonces, *misericordiosos como el Padre* es el "lema" del Año Santo. En la misericordia tenemos la prueba de cómo Dios ama. Él da todo sí mismo, por siempre, gratuitamente y sin pedir nada a cambio. Viene en nuestra ayuda cuando lo invocamos. Es bello que la oración cotidiana de la Iglesia inicie con estas palabras: « Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme » (Sal 70,2). El auxilio que invocamos es ya el primer paso de la misericordia de Dios hacia nosotros. Él viene a salvarnos de la condición de debilidad en la que vivimos. Y su auxilio consiste en permitirnos captar su presencia y cercanía. Día tras día, tocados por su compasión, también nosotros llegaremos a ser compasivos con todos.

Papa Francisco, Carta Encíclica *Laudato Si'*, 24 de mayo de 2015, CAPÍTULO VI

I.- APOSTAR POR OTRO ESTILO DE VIDA

204. La situación actual del mundo « provoca una sensación de inestabilidad e inseguridad que a su vez favorece formas de egoísmo colectivo ». Cuando las personas se vuelven autorreferenciales y se aíslan en su propia conciencia, acrecientan su voracidad. Mientras más vacío está el corazón de la persona, más necesita objetos para comprar, poseer y consumir. En este contexto, no parece posible que alguien acepte que la realidad le marque límites. Tampoco existe en ese horizonte un verdadero bien común. Si tal tipo de sujeto es el que tiende a predominar en una sociedad, las normas sólo serán respetadas en la medida

en que no contradigan las propias necesidades. Por eso, no pensemos sólo en la posibilidad de terribles fenómenos climáticos o en grandes desastres naturales, sino también en catástrofes derivadas de crisis sociales, porque la obsesión por un estilo de vida consumista, sobre todo cuando sólo unos pocos puedan sostenerlo, sólo podrá provocar violencia y destrucción recíproca.

III. CONVERSIÓN ECOLÓGICA

216. La gran riqueza de la espiritualidad cristiana, generada por veinte siglos de experiencias personales y comunitarias, ofrece un bello aporte al intento de renovar la humanidad. Quiero proponer a los cristianos algunas líneas de espiritualidad ecológica que nacen de las convicciones de nuestra fe, porque lo que el Evangelio nos enseña tiene consecuencias en nuestra forma de pensar, sentir y vivir. No se trata de hablar tanto de ideas, sino sobre todo de las motivaciones que surgen de la espiritualidad para alimentar una pasión por el cuidado del mundo.

217. Tenemos que reconocer que algunos cristianos comprometidos y orantes, bajo una excusa de realismo y pragmatismo, suelen burlarse de las preocupaciones por el medio ambiente. Otros son pasivos, no se deciden a cambiar sus hábitos y se vuelven incoherentes. Les hace falta entonces una *conversión ecológica*, que implica dejar brotar todas las consecuencias de su encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que los rodea. Vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1.- ¿En mi comunidad: Está latente, nos esforzamos en el propósito de San Agustín y la tradición de la Orden que basó toda su religión sobre la comunidad-comunión?

2.- Nosotros, que hemos profesado los consejos evangélicos, somos conscientes, que:

2.1.- ¿Ante todo, buscamos y amamos a Dios, procuramos con afán fomentar en todas las ocasiones la vida escondida con Cristo en Dios?,

2.2.- ¿Celebramos la sagrada Liturgia y, principalmente, el sacrosanto Misterio de la Eucaristía no sólo con los labios, sino también con el corazón?, y

2.3.- ¿Saciamos nuestra vida espiritual en esta fuente inagotable para amar a los hermanos y a la Iglesia?

3.- ¿Procuramos ser pastores según el corazón de Dios?, ¿cómo?

4.-La conversión conduce a la comunión fraterna, porque ayuda a comprender que Cristo es la cabeza de la Iglesia, su Cuerpo místico; mueve a la solidaridad, porque nos hace conscientes de que lo que hacemos a los demás, especialmente a los más necesitados, se lo hacemos a Cristo. ¿Cómo estamos en el espíritu solidario como comunidad?

5.- ¿Está en nuestras vidas el riesgo que nos roben el ideal del amor fraterno?, ¿cómo se manifiesta ese riesgo en mi comunidad?

6.- Sólo quien se reconcilia con Dios es protagonista de una auténtica reconciliación con y entre los hermanos, ¿nuestra vida comunitaria está en esta dinámica?

7.- Mientras más vacío está el corazón de la persona, más necesita objetos para comprar, poseer y consumir, ¿qué tan cierta es esta afirmación en nuestra realidad comunitaria?